

Educar para Leer y Escribir: El Museo Probable

Sara Alatorre

El presente gobierno ha lanzado una campaña —muy poco notoria, por cierto— para fomentar la lectura entre los niños y los jóvenes. Nos preguntamos sobre la posibilidad de que leer libros se vuelva “algo importante”, un placer en un mundo lleno de “placeres” publicitados por todos los medios imaginables. (Ni aunque la campaña fuera insistente.)

¿Cuáles son los espacios naturales donde, ya no digamos se fomenta sino simplemente se hace explícita la idea de leer?: la escuela, la casa. ¿En cuántas escuelas y casas los responsables de la educación de los jóvenes y niños dan a la lectura un valor? ¿Es válido, por otra parte, hacer de la lectura una consigna?

Nuestro país ocupa uno de los últimos lugares en lectura y nivel educativo; la reciente encuesta revelada por la UNESCO, en la que México apareció en el penúltimo lugar apenas por encima de Brasil, es tan sólo un ejemplo. Nuestros niños — los que van a la escuela— no saben *leer*; o quizá más justamente dicho, no leen. (¿Y sus profesores, y sus padres, ¡sus autoridades!?) En México se lee un libro por año, en promedio; hay una librería — o un museo— por cada diez bares o zapaterías.

Leer importa porque es una de las vías al conocimiento. Para algunos, leer es mucho más que conocer, pero para comprender eso hay que vivirlo, y lo que lleva a ese número indeterminado de personas a ver la lectura como algo digno de ser experimentado es un misterio y algo muy personal. (Leer, por ejemplo, poesía; ni qué decir de «los clásicos». Y qué hay con leer en otras lenguas.) Mientras tanto, acaso Noé Jitrik tenga razón cuando asegura que no hay nada que se pueda hacer para convencer al otro de que leer no es tan aburrido como parece.¹

Aldea global y aldeas particulares

Pero el conocimiento es adquirido y transmitido por distintos medios, si bien de manera diferente al libro, puesto que éste permite al lector hacer reflexiones al margen, volver por sus páginas. (Un programa de televisión sobre historia, por ejemplo, puede ser grabado y uno volver por

¹ Jitrik, Noé, *Lectura y cultura*. Editorial Trillas.



sus páginas, dirían algunos.) La globalización está permitiendo que un creciente número de personas estén al tanto de cada vez más asuntos; desde luego la televisión también. Esto forma parte del conocimiento, aunque muchos autores lo cuestionen.

Entre los cientos de canales de televisión y sitios de la internet existen opciones culturales y científicas pero, ¿quién los verá? Éstos, al igual que los libros, acaso forman parte de los intereses de una aldea, de las innumerables que llenan el orbe.

Así que, si bien la sociedad se torna cada vez más en lo que MacLuhan llamó “aldea global” (y esto es muy claro en casos como la noticia del ataque a las torres gemelas de Nueva York, que fue prácticamente atestiguado por todo el orbe), también es cierto que el conjunto social está formado por aldeas con intereses particulares. Los interesados en la lectura son una aldea; los literatos son otra aldea; los arqueólogos, los practicantes de tai-chi, etcétera.

Sin que esto signifique un no rotundo a las campañas en pro de la lectura y la educación. Muy por el contrario. ¡A quién no le gustaría que uno de estos gobiernos invirtiera de veras en eso! La idea de ver los dos sentidos: la aldea particular y la aldea global sirve para comprender que, en conocimiento, en arte y cultura, se vale intentar la extensión del horizonte.

El museo como aldea extensible

Se me invitó a escribir algo que involucrara al museo² como espacio cultural en el más amplio sentido, y presenté mis pensamientos. Primero, la posibilidad de que la aldea-museo se abra y esto quiere decir echar a andar un mecanismo que le permita saber a los niños y jóvenes que son invitados a participar en la enormidad del espacio-tiempo que son los museos.

El presente siglo mira con buenos ojos expresiones del arte en las que se combinan dos o más lenguajes, o bien videos con música, o de plano se vuelven «espectáculos multimedia», como se autodenominan. (Pienso por ejemplo en el trabajo que el artista Miguel Ventura expuso por cierto en el Museo Carrillo Gil, un divertimento muy interesante que incluyó por lo menos pintura, foto, televisión, collage, arquitectura.)

Distancias guardadas, algo así instrumentado en los museos sería divertido para los niños y jóvenes. Una participación capaz de volver el museo algo cercano para ellos, que les diga cosas distintas sobre sí mismos y el mundo. Y de todas las disciplinas y maravillas que podrían derivarse de un esfuerzo así destaca, ahora sí, el fomento a la lectura y escritura, en talleres *ad hoc* que acerquen a los chicos al arte y la historia.

No se trata de sacarlos del mundo de las pantallas (la TV, la computadora), sino de devolvérselos al museo como una experiencia enriquecedora para ellos.

SARA ALATORRE³

LIC. EN CIENCIAS SOCIALES DE LA UNAM

² Invitación de Georgina Silva

³ Periodista. Directora editorial de la revista Asamblea, de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal.